



CARTA TERCERA.



QUERIDO amigo mio.—Año y cuatro meses ha que V. no me oye hablar de la primera revolucion. ¿Y por qué tanto silencio? me preguntará V., y yo le respondo: † Por aquello de... *Silencio ranas que hay culebra en la agua.* Sí, amigo mio: Júpiter, en el exceso de su cólera, nos mandó un culebron, que con diente airado iba á acabar con cuanta sabandija hay en las lagunas de *Tenoxtitlan*, y hubiera pasado á hacer lo mismo con las de Pátzcuaro, Lerma, Chapala y Cuiséo; mas parece que los clamores de estos animalejos subieron al cielo, y si el culebron de los magos de Faráon fué sorbido por el de Moisés, este ha sido tragado por el mar... *Orégano sea y no batanes*, dijo un escudero: plegue á Dios que no reviva, y la paguemos hasta con las setenas. Pregúntame V. por qué me he desentendido de las convenciones de tanto pobrete que estaban pendientes de mi Cua-

† Fué, porque plugo al Sr. Iturbide ponerme en prision en S. Francisco, donde me tuvo con centinela de vista ocho meses con otros diputados al congreso, sin que hasta ahora sepa yo la causa.

dro, con tanta boca abierta como Sancho, el ventero y compañía del de Maese Pedro en la venta. Voy á satisfacer esa curiosidad impaciente, si no basta lo dicho; estéme atento, que comienzo.

En principios de enero del año pasado me llamó *D. Agustin de Iturbide* (entonces *alteza* y generalísimo de mar, aire y tierra) y me dijo estas formales palabras. Sr. D. Carlos, el que escribe la historia, debe hablar la verdad... Es claro, respondí, y siempre la he hablado... Creo que no.—V. dice en la primera carta de su Cuadro, que yo con la lectura de la obra del Padre Mier me arrepentí de haber perseguido á los insurgentes; yo jamas puedo arrepentirme de haber obrado bien y dado caza á picaros ladrones: los mismos sentimientos que tuve entonces, tengo ahora: vaya V. y retractese de cuanto ha escrito en esta parte.—Señor, le respondí, es tan cierto lo que he escrito, como que he tenido en mis manos y leído la misma *numero* obra que V. *Serenidad* leyó del Padre Mier y que causó su conversion: me la prestó su compadre y amigo el *Lic. D. Juan Gomez Navarrete*, el dia 20 de diciembre por hay, por hay, de 1820 en Veracruz, y si no me hubiera dicho que habia obrado tan prodigioso efecto, yo no habria dado un paso en obsequio de V. A. ni interpelado al general D. Vicente Guerrero.—V. atestigua con ausentes, me respondió Iturbide... Diria lo mismo (respondí) si se hallase Navarrete presente, creo que no tendria por qué desdecirme en un ápice... Es necesario que V. se retracte...—No haré tal, soy caballero y la ley no permite que los tales se desdigan.—Pongame V. un papel sobre esto, me dijo (en tono amenazante, y poniéndose una banda tricolor porque se iba á visitar á las monjas de Balvanera). † Está bien respondí: vine á mi casa y se lo puse, reproduciéndole por escrito lo que le habia dicho de palabra. Nada me respondió á esto su *alteza*, calló porque tenia esperanza de que saliese mal en el juicio segundo de jurados, que tenia pendiente conmigo, habiendo sido él el delator del núm. 5 de aquella

† Estas visitas se hicieron en todos los conventos, donde las madrecitas piadosas de algunos, comenzaron á saludarlo *Emperador*, á ponerle la corona, y á decirle mil zalemas. Estos fueron ensayos para lo que habia de suceder... Uno brinquito á la gloria (decía un negro) y otro brinquito á la purgatoria. Así salió ello.

abispa consabida; pero allí obtuvimos porque no hubo mariscales de *Castilla*, *canónigo Gonzalez, Garcia y Garcia* y otros Sres. que piensan del modo que estos: el silencio de Iturbide no fué un perdon, sino un disimulo semejante al que los maestros de escuela tienen con los muchachos, absteniéndose de darles *tres* azotes para darles despues *doce*. Conciba V. como quedaria al oir de la boca de *nuestro arrepentido* esa protesta: lucidos estamos, dije para mí *sayo*, y pues este Sr. va que vuela para Emperador, mal reinado nos espera: entonces hice alto y me acordé de un Asinio Polion que preguntado por qué no escribia la historia de sus tiempos, respondió. . . . *Jamás* escribas contra el que pueda proscribirte. . . . Augusto no era muy sobrio en esto de matanzas. . . . *Moriendum est*, era la espresion que se le oia decir á sangre fria cuando se le pedia gracia aun por los triunviros sus compañeros. Si sin esto, Dios sabe como lo hemos pasado!! Siete meses de fraile en S. Francisco! . . . Un proceso seguido por su compadre *D. Francisco de Paula Alvarez* y demas turba de satélites, ¡vaya! que por poco nos sucede lo peor de las cosas. Creo por tanto estar disculpado en mi silencio, y que obré con prudencia en el callar; menos en el concepto de aquellos egoistas, que por tener un rato de curiosidad, les importa un pito que se lleve el diablo al escritor.

He dicho en mi última las disposiciones que el virey Venegas comenzó á tomar, cuando supo la entrada del ejército americano en Guanajuato: la celeridad con que nuestros preciados nobles volaron á engrosar las filas de los asesinos de su patria: entonces tuvieron alas, y ahora para formar la milicia nacional se mueven con mas lentitud que un perico ligero. He aquí el barómetro por donde se mide justamente el patriotismo de esta clase privilegiada. Con la marcha del Sr. Hidalgo quedaron los habitantes de Guanajuato desahogados de la incomodidad pasada, pues solo los oficiales y tropa de caballería se aposentaron en los cuarteles, en las haciendas desocupadas de los europeos y en las casas particulares. Todo el comun de indios hicieron su alojamiento en las calles y plazas (si puede dárselos este nombre á unas cuantas calles un poco mas anchas de sus callejones, como

la plazuela del Ropero) por las que no se podia transitar; ora por lo mucho que las ensuciaron; ora por la misma multitud de gentes. Afligia no poco la falta de víveres para tanto consumidor. Antes de seguir la marcha del ejército americano para Valladolid, me parece no menos digno de la verdad de la historia, que de la buena crítica, deshacer una preocupacion demasiado comun, que ha sido el pretesto con que los enemigos de nuestra independencia han calificado la primera revolucion de *antipolítica, cruel y bárbara*; tal es haber dado el cura Hidalgo la voz de alarma, diciendo: . . . *Mueran los gachupines, ó sea los españoles europeos*. Mil veces he intentado disipar esta patraña; pero mis razonamientos han sido vanos; tiempo es ya de hacerlo, presentando un testimonio, tomado del mas implacable de nuestros enemigos, y á quien estos no recusarán, porque miran como su mayor apoyo; tal es el de D. Manuel Abad y Queypó, obispo que se decia electo de Valladolid, y con cuya investidura y gobierno de la mitra, que entonces tenia, fulminó su escandaloso edicto de excomunion contra el primer caudillo en 24 de septiembre (1810). En él forma el proceso de la acusacion de Hidalgo, y uno de los capítulos que le hace, es el siguiente: . . . E insultando [dice] á la religion y nuestro soberano D. Fernando VII, pintó en su estandarte la imágen de nuestra augusta patrona nuestra Señora de Guadalupe y le puso la inscripcion siguiente. . . . *Viva la religion, viva nuestra Madre Santisima de Guadalupe, viva Fernando VII, viva la América y muera el mal gobierno*. (Gaceta extraordinaria de México del viernes 28 de septiembre de 1810, núm. 112.) He aquí la voz de alarma en que nada se dice con respecto á matar gachupines. No fué esta la voluntad del cura Hidalgo: si despues de esto, decretó suplicios para algunos, fué porque faltaron á la fé prometida, violaron sus juramentos, maquinaron contra el estado, se prevalieron del influjo y ascendente que les daban sus caudales y relaciones, y creyeron que no eran buenos españoles, ni se debia medir esta cualidad de honor, sino á proporcion del mayor ó menor daño que hiciesen á unos hombres á quienes tenian por rebeldes, tan solo porque pretendian separarse de la dominacion española. Muchos hubo amantes

de la humanidad, y que trabajaron en nuestro obsequio, y la nacion jamas olvidará sus nombres, ni los pronunciarán nuestros hijos sin acatarlos dignamente. Con semejante testimonio creo decidida esta cuestion, y que ya V. podrá considerar que los excesos posteriores se debieron, no á la voluntad de los gefes, sino á la exaltacion de pasiones de masas enormes de hombres, que por primera vez rompien la cadena pesada y ominosa que gravitó sobre sus cuellos en el espacio de tres siglos.

Cuando en Valladolid se tuvo la primera noticia de lo ocurrido en Dolores, todas las corporaciones se conmovieron altamente, y como el cabildo eclesiástico tenia entonces la prepotencia, porque tenia á su disposicion crecidas sumas de dinero, fué el primero en tomar medidas hostiles. Creyóse que en su seno, así como en el senado de Roma, habria hombres capaces de llenar toda clase de empleos, y así es, que de su centro salió el prebendado D. Agustin Ledos para ponerse á la cabeza de un cuerpo de tropas que comenzó á alistar y equiparse: bajóse el esquilon mayor de Catedral para fundir cañones, aunque no distaba de allí muchas leguas Santa Clara del Cobre, de donde pudieron haber, tomado mucho; pero permítaseme decir que era necesario dar una campanada para que el hecho sonase mas por esta circunstancia é interesase mas á la diócesis, no dándose por bastante la desatinada excomunion de Abad Queypó. Este mismo prelado fué director de la fundicion, porque la echaba de *omniscio*, y la esperiencia mostró que las mismas disposiciones tenia para decidirse con acierto en una revolucion política, que para usar de las censuras eclesiásticas, y hacer del ingeniero militar. En breve se disipó este aparato ruidoso, pues apenas se tuvo noticia de la aproximacion de Hidalgo por Acámbaro y del arresto de Rul, Garcia Conde y Merino por el torero Luna, cuando estos guapos pusieron pies en polvorosa, formando grupos y marchando en diferentes direcciones. El obispo se dejó ver en México, donde *lució su sombrero verde*, único distintivo con que se conocia, por el nombramiento de la regencia de Cádiz, presentacion harto disputada; ora en el acuerdo de México; ora en la cámara de Indias, y que por fortuna de la América, quedó sin

efecto (gracias al ministro D. Miguel Lardizábal:) figuraba un obispo espulso ó perseguido de sus enemigos, y lo mismo el de Monterey D. Primo Feliciano Marin; pero mejor les habria estado quedarse en el seno de su grey, pues el buen pastor da su alma por su rebaño, y jamas huye la cara al lobo.

ENTRADA DE HIDALGO EN VALLADOLID,
[HOY MORELIA.]

A la aproximacion del cura Hidalgo se reunió una junta de comisionados en Indaparapeo, compuesta del canónigo Betancourt, el capitán D. José María Arancibia y el regidor D. Isidro Huarte. El dia 15 de octubre entró el coronel Rosales, aunque sin carácter público; el 16 el coronel D. Mariano Jimenez, jóven que se distinguió por sus talentos y servicios, como veremos en la serie de la historia, y el dia 17 entró el cura Hidalgo con la investidura de capitán general, D. Ignacio Allende con la de teniente general, Aldama y Balleza con las de mariscales de campo. El ejército, ó llámese la grande é informe masa de hombres, llegaria á sesenta mil, con cuatro cañones, dos de madera y dos de bronce. De tropa disciplinada no se contaba mas que con el regimiento de dragones de la Reina, parte del de infantería de Celaya, y batallon de Guanajuato. Al pasar por la iglesia Catedral y cuando Hidalgo se dirigia á la casa del canónigo Cortés donde se hospedó, se desmontó para entrar en la iglesia á hacer oracion: encontró sus puertas cerradas, y se irritó mucho: vertió palabras duras contra el cabildo, y dijo quedaban desde entonces vacantes las sillas, menos cuatro. Parece que calmó su enojo cuando entró en su hospedage, pues allí encontró á los canónigos Betancourt, Michelena, Silva y otros que procuraron sincerar al cabildo. Determinóse para el siguiente dia una misa de gracias, á que no asistió Hidalgo sino solo Allende: tal vez se cantaria de *gregorillo*, como la que se cantó en la Catedral de México el dia 4 de mayo del presente año, sin embargo de que llevó por objeto dar á Dios gracias por la reinstalacion del congreso constituyente, que es el suceso mas fausto que pudiera ocurrir y mas digno de celebrarse con el mayor entusiasmo.

La presencia del cura Hidalgo en Valladolid, hizo que desapareciesen las tablillas en que se le habia fijado excomulgado. Ya no hay Ambrosios, porque ni tampoco hay las virtudes de su siglo, ni la justicia con que aquel fulminaba anatemas contra Teodosio, y lo lanzaba del templo, sin deslumbrarse con la brillantez de la púrpura, ni formidar con los ejércitos imperiales: reina el espíritu de aristocracia, y los hombres solo cuidan de mantenerse en sus puestos, á espensas de quien les paga. El conde de Sierra Gorda, á quien nombró por su ausencia gobernador de la mitra el canónigo Abad Queypó, alzó esta excomunion, y despues tuvo mucho que sentir del virey Venegas, y se vió precisado á repetirla, desdiciéndose de lo que habia ejecutado con prudencia, imputándolo á *coaccion, terror y violencia*, única esculpacion que se alega en compromisos de esta naturaleza. Tal era el juego y abuso que se hacia de las censuras de la Iglesia, que las hacia despreciables, y ponian en ridículo al gobierno de México. Poco antes de la entrada del cura Hidalgo en Valladolid, salieron en fuga varias partidas de españoles, como se ha dicho, sobre las que destacó otras de su ejército; alcanzó una de estas en Huetamo al teniente letrado asesor ordinario D. José Alonso Terán, el cual se habia mostrado inexorable contra los americanos que proyectaron la primera revolucion con aquella ciudad en diciembre de 1809, en la que se hallaba comprendido D. Agustin de Iturbide, y se constituyó su denunciante: dícese que porque no le nombraron los conjurados mariscal de campo, siendo apenas teniente de milicias en aquella época. Por tanto, Terán pagó con la vida, como otros muchos, segun diremos en su lugar.

La entrada en Valladolid proporcionó á Hidalgo un no pequeño aumento de sus fuerzas, pues las engrosó con el regimiento de infantería de milicias provinciales, y el de caballería nombrado dragones de Michoacán, ambos uniformados y equipados, completos en su fuerza y bien disciplinados. Además se encontró con otras ocho compañías que se acababan de levantar allí, para seguridad y defensa de la ciudad, de las cuales la mitad de ellas estaban armadas y con las mismas marchó despues á Guadalajara. Cuéntanse varias anécdotas curiosas, ocurridas durante su estada

en Valladolid, de las que referiremos algunas: sea la primera. El cura Hidalgo llevaba estrecha amistad con el canónigo Abad Queypó, el cual le habia escrito un mes antes, pidiéndole unos gusanos de seda, ó sea semilla de esta especie; Hidalgo le respondió. . . . Dentro de poco tiempo le mandaré á V. tanta gusana, que no se la podrá acabar con ella. . . . Efectivamente, le cumplió la palabra; pues sesenta mil hombres hacen un enjambre harto molesto. La segunda es, que estando de sobre mesa hablando con el sargento mayor de aquellas milicias provinciales de infantería D. Manuel Gallegos, á quien hizo coronel, le dijo este con franqueza. . . . Ciertamente que si yo hubiera sabido el desórden con que marchan esas enormes masas de gentes que V. trae, le habria impedido la entrada con solo el regimiento de mi mando. Si V. quiere triunfar de sus enemigos, entresaque de todos esos hombres catorce mil; retírese á la sierra de Pátzcuaro con ellos: dentro de dos meses yo los entrego disciplinados y útiles; de lo contrario, en la primera derrota que sufran, quedará V. solo, pues todos huirán como palomas. Hidalgo se echó á reir, principalmente, cuando oyó que se le proponia la demora de dos meses; mas la esperiencia le hizo ver que Gallegos tuvo razon, y que si hubiera adoptado esta medida, otra habria sido su suerte y la de toda la nacion. Tres años despues, Morelos escolló en los muros de Valladolid, fortificado regularmente, aunque traia siete mil hombres fogueados y bien equipados, pues el local de aquella ciudad es propio de una plaza fortificada. † En estos mismos dias se presentó al conde de Sierra Gorda como gobernador de la mitra, el cura de Nocupétaro y Carácuaro D. José María Morelos, pidiéndole licencia para servir de capellan en el ejército de Hidalgo: no se atrevió á negársela; pero sí procuró disuadirlo de la empresa: inflexible Morelos, persistió en su demanda, hasta que recibió de él la gracia que solicitaba. El cura Hidalgo, que desde el colegio habia conocido el fondo y valor de esta alhaja preciosa, le comisionó para que fuese. . . .

† Por este motivo fundó aquella ciudad el virey D. Antonio Mendoza como presidio y frontera contra los chichimecas que interceptaban los convoyes.

no es nada! á tomar el castillo de Acapulco y levantar toda aquella costa. Aceptó Morelos el nombramiento y marchó con sus criados del curato, unas cuantas escopetas viejas y algunas lanzas para realizar tan magnífica empresa. Si alguno hubiera dicho, al verlo salir en aquel estado de desprecio, que aquel hombre llenaria de espanto á la América, y de admiracion á la Europa por sus conquistas, por su valor y prudencia, habria sido tenido por un orate. . . . Asunto será este para poetas y oradores, y la posteridad mas justa que la presente generacion, le consagrará monumentos que aun no le ha erigido la presente. Por mí confieso, que no cabe en mi imaginacion la idea de hombre tan prodigioso: ya lo demostrará la serie de esta historia.

La ignorancia del arte de la guerra hizo creer á los primeros caudillos de la revolucion, que la defensa principal de los ejércitos consistia en la artillería, arma ciertamente inútil cuando no está apoyada con las otras dos, y así es, que el grande objeto de su atencion era la fundicion del mayor número posible de cañones, y lo fué del cura Hidalgo en los primeros dias de su estada en Valladolid. En los mismos declaró varios empleos vacantes, los proveyó en otros, decretó arrestos contra varios europeos, á otros puso en libertad y concedió indulto á no pocos.

El dia en que se celebró la misa de gracias, por la tarde los indios se echaron tumultuariamente sobre las casas de los españoles Terán, Arana, Aguilera, Losal, Aguirre y canónigo Bárcena, que destrozaron de tal modo, que hasta el cielo raso de la del último hicieron pedazos. De consiguiente se robaron dinero, alhajas, efectos de comercio, y menage de casa, sin que se escapasen de su voracidad las despensas; y como en las casas de los beneficiados pocas veces faltan cajetas de dulce, y la hambre devoraba á los indios, se comieron muchas, hartáronse de plátanos y tunas, sobre cuyas frutas echaron mucho aguardiente, y fermentado este con aquella mezclanza causó la muerte á varios; esto dió motivo para que se dijese que el aguardiente estaba envenenado, lo que aumentó el tumulto. Al ruido salió el general Allende á caballo, é informado de la causa pasó á la casa de D. Isidro Huarte, á quien pidió un vaso de aguardiente; dióselo, y

al tiempo de tomarlo le dijo. . . . Si este aguardiente está envenenado y obra en mí su terrible efecto, V. dispóngase para morir; bebióselo con gran calma cual pudo Alejandro de Macedonia cuando apuró el vaso de una pósima á presencia de su médico acusado de habérsela confeccionado. No produjo efecto alguno, y esta esperiencia acabó de aquietar los animos de los sediciosos. En el momento de la efervescencia del motin un artillero llamado N. *Ramirez* sin orden de ningun gefe dió fuego á un cañon que hizo estrago en catorce hombres entre muertos y heridos; providencia violenta, pero que contribuyó á imponer y sosegar á los amotinados: no creo que haya justicia para imputar estas desgracias á los gefes de la insurreccion, y que ya es tiempo de condenar al desprecio aquellas imposturas en que apoyó su odio y agresiones el gobierno de los Venegas y Callejas.

El cura Hidalgo confió el mando político á D. José María Anzorena, y no se equivocó en la eleccion; pues este benemérito americano abrazó el partido de la revolucion convencido de su justicia, y selló su afecto muriendo despues en Zacatecas, como en adelante verémos. Concluidos los preparativos militares, posibles para continuar la espedicion, tomó del cofre de aquella Catedral el dinero que existia allí, tanto de lo perteneciente á la masa decimal, como de algunos depósitos puestos para mayor seguridad, por varios particulares; estrajo, pues, la cantidad de 412.000 pesos, pero el pico lo dejó para gastos de la iglesia; asimismo tomó de otras personas no pocas sumas: solo de este modo pudo mover aquella enorme masa de hombres que adeudaba diariamente mucho dinero. Partió, pues, de Valladolid el 19 de octubre con la investidura de generalísimo, que se le dió por una junta de guerra en las inmediaciones de Acámbaro á su tránsito. El ejército tomó el camino de Maravatio, Tepetongo, hacienda de la Jordana, é Ixtlahuaca. La noticia de este movimiento con direccion á la capital, obligó á Venegas á tomar sus medidas de defensa. Trajo en su familia algunos oficiales de diversas graduaciones, y entre ellos al teniente coronel *D. Torcuato Trujillo*, jóven alquitranado, cruel, y de consiguiente cobarde. Pocos

días antes había llegado á México el regimiento completo de infantería provincial de Tres Villas, tan bien equipado como disciplinado, el cual confió al mando de Trujillo, como tambien un batallon de milicias provinciales de México, que como retirado del servicio, casi fué necesario levantarlo en aquella sazón sacándolo de la oficina y fábrica de cigarros; algunos piquetes de caballería y dos cañones de á cuatro, (el *Toro* y el *Galan*). Tuvo órden de engrosar esta division el cuerpo de lanceros de las haciendas de D. Gabriel Yermo, Manzano y otros, que en aquellos días levantaron á sus espensas sin detenerse en gastos. Contaba entonces la capital con alguna fuerza, y segun hago memoria, consistia en el regimiento de infantería veterana de Nueva-España, un batallon de milicias de infantería de México, otro llamado de Cuahutitlan, un batallon del hijo de México, el regimiento de milicias provinciales de Puebla, dragones panaderos urbanos, dos batallones de infantería del comercio, tres id. de patriotas, una seccion de artillería, agregada á la artillería veterana, otra de caballería patriótica, el regimiento de milicias de infantería de Toluca que estaba en marcha de Puebla para México, el de Tulancingo y otros varios piquetes, que por todo harian *siete mil hombres*. Tal era la fuerza con que el virey esperaba en México. Muchas municiones llegadas nuevamente de Perote con toda clase de útiles de campaña, no poca artillería, y la que habia entregado el artífice Tolsa, en parte de los cien cañones que le mandó construir el tribunal general de Minería, calibres de á cuatro y ocho, sin detenerse en gasto. Me he detenido en esta descripcion, para hacer ver lo torpe y groseramente que falta á la verdad el autor del *Resumen histórico de la insurreccion de Nueva-España*, que se imprimió en México el año de 1821 en la oficina de Ontiveros, el cual dice: . . . *Que el virey Venegas solo contaba con un puñado de hombres, colocados en las cercanías de México, mas bien para atemorizar á los habitantes que para oponerse á Hidalgo*. Es menester no creer en semejante relacion, que está plagada de mentiras muy garrafales, así en los hechos principales, como en las fechas en que los data. No está muy exacta la que D. T. M. remitió al *Español en Londres*; pe-

ro está mucho menos defectuosa que aquella. La historia de la revolucion de Francia, dice Mr. de Pradt. (cap. 20, tom. 2.º *La Europa y la América del año de 1821*) „*está por hacer, y aun lo estará tal vez largo tiempo: se ha trabajado mucho en ella, y la obra está tan adelantada, con poca diferencia, como el Diccionario de la Academia francesa*. Esta historia solo puede pertenecer á la posteridad. Debe resultar de la coleccion de las memorias de los contemporáneos que hayan escrito lo que han visto. Fuera de esto, solo habrá una fábula de convencion. . . . ¿Quién puede haber tenido conocimiento á un tiempo de lo que ha pasado en Lóndres, en Viena y en Basilea? ¿Quién sabe por qué hilos se han puesto en movimiento y se han dirigido mil resortes, cuyo efecto natural y público es conocido, pero cuyo motor y fin están cubiertos de velos? En una accion tan complicada de hechos y de actores como es la *revolucion*, para orientarse bien es necesario esperar á que estén reunidos y publicados todos los elementos que pueden hacerla conocer: se extractará de ella todo lo que pueda conducir para formar la *historia de la revolucion*: entonces habrá una como lo pide este nombre, y esta esposicion de su composicion, basta para mostrar que *esta obra no puede pertenecer á nuestra edad*.”

Sentados estos principios ¿quién podrá lisonjearse de poder escribir esta historia, cuyas escenas se han representado en lugares tan distantes, y cuyos actores, en la mayor parte, son tan estúpidos, que ni aun saben formar una sencilla relacion de lo que han visto y palpado? ¿Quién, cuando rodeados los hombres del espionaje español, no solo no podian escribir la verdad de los hechos, pero ni aun referirlos confidencialmente á sus amigos, sin esponerse á perder? ¿Quién, cuando se carecia de imprentas y aun las que establecieron por primera vez los insurgentes, fueron de madera como los primeros ensayos de este arte de *Juan de Gutenberg*? Tales motivos, á par que muestran la dificultad de escribir la historia de nuestra *revolucion* y la precaucion en creer lo que otros han escrito, me disculparán en los errores que cometa, y que he procurado evitar, tomando por mí mismo los in-

formes mas verídicos de personas que fueron testigos presenciales de los hechos que refiero.

El domingo 29 de octubre (1810) se tuvo en México la noticia de la llegada del cura Hidalgo á Toluca: Venegas la anunció por carteles impresos en las esquinas, so color de que no se conmoviese la ciudad luego que viese salir la tropa de la guarnicion á situarse en el paseo de la Piedad, y calzada de Chapultepec. La venida de Venegas se nos anunció como la de un general consumado en el arte de la guerra; pero en breve desapareció de mi imaginacion este prestigio. A la mañana siguiente fuí por paseo en compañía de un amigo militar, † á observar este campamento; y muy luego me hizo notar la ignorancia del que lo habia situado en aquel punto, rodeado de fosos anchos y penetrables, por el mucho fango y yerba; reducida la tropa á una lengua de tierra que forma la calzada, y dominada esta ademas por el muro de la atajea y arquería de agua de Chapultepec, no menos que por la de Santa Fé, aunque con alguna mas distancia que la primera: fueron á la verdad defectos crasísimos é imperdonables en un general. Todavía no habian leído los mexicanos el manifiesto del duque del infantado contra Venegas, sobre las acciones de *Uclés* y *Tarancon*, donde demuestra que cuando lo derrotaron los franceses, *no supo ni por donde le venia el daño*. ¡Qué prueba para su calificacion no le habria ministrado esta, que saltó á los ojos aun de los menos advertidos en el arte de la guerra! El ejército de Hidalgo, aunque dividido en trozos, marchaba sin orden, ni era posible hacer entrar en él á chusmas inmensas, á tribus errantes de hombres, indias y muchachos que semejaban las irrupciones de los godos en la Europa. La tropa de línea que en Valladolid estaba bajo el mejor pie de arreglo, en cortísimos dias se veia en la mas lamentable indisciplina. Muchos soldados habian vendido los fusiles y carabinas; otros habian tirado las prendas ó vendido los cartuchos: no pocos fusiles estaban sin bayonetas ó sin piedras; tal era el desórden con que caminaba este ejército que ademas carecia de parque de artille-

† El general despues D. Manuel de Mier y Terán, que entonces era un paisano observador de lo que pasaba.

ría, y que venia á medírselas con unos cuerpos habilitados de todo en abundancia, y mandados por gefes vigilantísimos y cautos, como subordinados á un comandante cobarde, pero deseoso de acreditarse. Militaba bajo las órdenes de D. Torcuato Trujillo el teniente de milicias de Valladolid D. Agustin de Iturbide, † quien por primera vez venia á teñir sus manos con la sangre de sus hermanos: era esta la primera argolla de la ominosa cadena que ya forjaba para oprimir un dia á los pueblos de Anahuac: la pátria, y principalmente su suelo natal, le veia deturpado con la nota oprobriosa de una delacion que quitó la vida á los licenciados Michilena, y Soto, al capitán D. José María Garcia de Obeso, que frustró la primera tentativa de libertad, y que llenó de lágrimas á muchas familias. Iturbide con una partida de su regimiento, intentó medírselas con Hidalgo en las cercanias de Acámbaro; pero reconociendo su prepotencia, se retiró para Valladolid, y despues á México, donde se presentó á Venegas ofreciéndole sus servicios, y este lo mandó con Trujillo á que formase su aprendizaje en el arte de matar hombres inermes, violar los juramentos y cubrirse de crímenes con impunidad.

† Véase la primera gaceta extraordinaria de México del jueves 8 de noviembre de 1810 núm. 130 pág. 924.

